

EL POSITIVISMO COMO PROBLEMA EN COLOMBIA. EVALUACIÓN CRÍTICA DE UNA AUSENCIA

Carlos Eduardo Maldonado

Universidad del Rosario, Bogotá, Colombia.

INTRODUCCIÓN

La Ilustración, el Romanticismo y el Positivismo conforman una sólida unidad consistente en la fe en los seres humanos, en la creencia de que éstos pueden tomar su destino en sus propias manos, en fin, un optimismo en la fuerza de la razón –o del corazón, lo mismo da-, que se traduce en autonomía, independencia y criterio propios. La Ilustración comienza con el llamado de Kant al *sapere aude* (atrévete a saber) y el positivismo se inicia con el llamado de Comte a una ciencia de los seres humanos, individuos o sociedades, análogamente a la ciencia de la naturaleza de la modernidad cuyo epítome era la física de I. Newton. Todo, un capítulo apasionante de la historia de la cultura y el espíritu humanos.

Dicho en una frase, el positivismo significa la fe en la ciencia, y por tanto, en la capacidad de razón propia por parte de los seres humanos y de la organización de la sociedad y el mundo con base en criterios de razonabilidad y argumentación. A estas ideas está dedicado el *Curso de filosofía positiva* de A. Comte, uno de cuyos pivotes es el reconocimiento explícito acerca de la importancia de las matemáticas.

La historia y el significado del positivismo, la historia que conduce de Comte a Spencer, de un lado, o bien de Comte a Bentham, por otra parte, ha sido narrada cientos de veces.¹ Remito sencillamente a esta bibliografía a fin de concentrarme en otro aspecto.

1. Cfr. J. S. Mill, *Auguste Comte and Positivism*, Create Space Independent Pub, 2015; M. Forrin, J. D. Martz, *Latin American political Thought and Ideology*, The University of North Carolina Press, 1970.

En Colombia, el positivismo (como por lo demás la mayoría de las cosas en la historia de este país) entró tardíamente; con alguna propiedad, apenas en el siglo XX. Los nombres más destacados que incorporan (parte de) el ideario positivista incluye a filósofos como Carlos Arturo Torres, Fernando González, Luis López de Mesa, Luis Eduardo Nieto Arteta, Baldomero Sanín Cano y Cayetano Betancur, entre otros. Todos ellos liberales por convicción o militancia.

En el siglo XIX el positivismo sencillamente no existe, no entra al país, debido al fraccionamiento del mismo, a las incontables guerras existentes por consiguiente, y al peso que el partido conservador desempeñó en el curso de la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de lo cual se impone la Constitución de 1889, que consagra al país al Sagrado Corazón de Jesús. Esta Constitución, como es sabido, prevalece hasta el año 1991 cuando se introduce una nueva constitución política, más liberal, menos confesional, y que clama abiertamente por la construcción y defensa del estado social de derecho.²

Dicho aún mejor, a Colombia entra la versión spenceriana del positivismo, debido principalmente a C. A. Torres (1867-1911), y algunos pensadores e intelectuales del siglo XIX lo asumen como propio, entre los cuales se destacan Salvador Camacho Roldán, Diego Mendoza Pérez, Tomás Eastman, Ignacio V. Espinoza y Nicolás Pinzón, entre otros.

En rigor, hay que decir que la apropiación del positivismo en Colombia tuvo, en el mejor de los casos, un sentido y una apropiación ecléctica, mezclada con otros componentes filosóficos de la época, algunos de los cuales se debatían en círculos de América Latina.

A fin de entender este panorama, se exige, sin embargo, un rodeo más globalizante sobre el tema. Una mirada a este rodeo permitirá arrojar mejores

2. Sin embargo, la historia desde 1991 hasta la fecha es la del desmonte sistemático de los supuestos liberales de la Constitución de 1991 y el retorno amañado a criterios más ortodoxos y conservadores, en economía y religión, en materia social y de seguridad y mecanismos militares, en temas energéticos y de medioambiente, por ejemplo.

luzes sobre el estado del positivismo en la historia del pensamiento en Colombia.

LA FAMILIA DEL POSITIVISMO. DERIVACIONES E IMPLICACIONES

El positivismo constituye, en realidad, una familia que se amplía y desarrolla, que varía y se transforma al mismo tiempo. Esta familia está conformada por el propio positivismo, el neopositivismo, el utilitarismo, el empirismo lógico, la filosofía analítica y, más recientemente, el pragmatismo. El cuadro N° 1 ilustra esta familia:

Cuadro 1: Esquema de la familia del positivismo



Fuente: Elaboración propia

El neopositivismo resalta particularmente tres aspectos, en el desarrollo de la actividad científica, a saber: la importancia de la cuantificación (estadística, por ejemplo), el conductismo y la epistemología propiamente positivista. Mientras que de un lado, la idea de base de Comte es la de elaborar un cuadro científico del mundo, más allá de supuestos y prejuicios idealistas y metafísicos y, de otra parte, establecer una ciencia de los seres humanos análogamente a la ciencia existente en su momento. El neopositivismo resalta la idea misma de unidad o unificación de las ciencias y gira la mirada más hacia el papel de

las matemáticas y la lógica. Vale recordar que el curso de filosofía positiva de A. Comte se compone de dieciocho lecciones sobre matemáticas, algo que se desconoce generalmente. En cualquier caso, gracias a Comte nacen las ciencias sociales o las ciencias humanas (*sciences humaines*) por primera vez en la historia de la humanidad. Y es también gracias al positivismo que se establece un diálogo entre ciencia y filosofía en términos de lo que habrá de conocerse como filosofía científica.

El utilitarismo, creado originariamente por J. Bentham, fue desarrollado más ampliamente por J. S. Mill y constituye, por así decirlo, la vertiente práctica y centrada en la ética y la filosofía moral de los motivos que conforman la atmósfera del positivismo. Dicho en términos sociológicos, el positivismo es en Francia la obra de A. Comte que corresponde en Inglaterra a la obra de Bentham y Mill. Más recientemente, H. Sidwick y R. H. Hare se destacan entre las contribuciones más recientes de la corriente utilitarista.

El empirismo lógico, llamado igualmente como positivismo lógico, se encuentra estrechamente vinculado con el neopositivismo, y el momento pinacular de este movimiento pivota en torno al Círculo de Viena, a partir de los años 1920s, y que se prolonga luego en los Estados Unidos entre los años 1940s y 1950s. Originariamente, la figura de M. Schlick, conjuntamente con R. Carnap y O. Neurath influyen grandemente sobre una pléyade de filósofos y científicos entre los cuales se incluyen a K. Gödel, A. J. Ayer, H. Feigl, R. Von Mises, E. Nagel, K. Popper, W. V. Quine, H. Reichenbach, F. Ramsey, A. Tarski, y L. Wittgenstein, entre otros. Culturalmente representa un momento sorprendente y maravilloso.³

La filosofía analítica es una derivación del empirismo lógico, y centra toda la atención en el análisis del uso del lenguaje. No solamente resulta evidente que hacemos cosas con palabras (Austin), sino, además, cuando el lenguaje se va de vacaciones (Wittgenstein) incurrimos en desaciertos y errores lógicos que tienen profundas consecuencias sobre el orden del mundo. Literalmente, los límites del mundo son los límites mismos del lenguaje, y un uso y cuidado

3. Cfr. F. Stadler, *El Círculo de Viena. Empirismo lógico, ciencia, cultura y política*, F. C. E.-UAM, 2011; A. Janik y S. Toulmin, *La Viena de Wittgenstein*, Barcelona, Taurus, 1998.

del lenguaje permite, ulteriormente tanto un mejor conocimiento de la realidad, como un manejo más adecuado de los asuntos del mundo.

Por su parte, el pragmatismo nace de manera independiente con los otros movimientos. Su padre se reconoce generalmente que es Ch. S. Pierce, y puede decirse sin dificultad que constituye una variante refinada y más elaborada del utilitarismo. La idea central consiste en el reconocimiento del carácter variable de la realidad y el mundo, *contrario sensu* al idealismo, a las formas de Tomismo, e incluso del realismo filosófico.

En términos de la sociología del conocimiento, esta familia es conocida o bien como la filosofía anglosajona, o también con cualquiera de sus componentes. Los ejes articuladores abarcan Praga, Budapest y Viena, pero también Oxford y Cambridge. De la misma forma se extiende a Berlín, y conforma un conjunto en el que la ciencia, en el sentido amplio, y la filosofía, en sentido preciso, conocen una inflexión maravillosa consistente en una crítica y distanciamiento del idealismo, notablemente el neokantismo y las formas de neotomismo.

Pues bien, el eslabón, por así decirlo, que unifica el esquema presente en el Cuadro 1 es el del surgimiento de la filosofía científica. Esto es, la filosofía de espíritu crítico y abierto pero riguroso y metódico gracias a la cual se sientan las bases del más fructífero de los diálogos entre ciencia y filosofía que tiene lugar en el siglo XX.

EL POSITIVISMO EN COLOMBIA

El positivismo en la historia intelectual, cultural y social de Colombia constituye, en el mejor de los casos, un flash de media duración que permanece esencialmente atado a algunos académicos e intelectuales, pero que no logra, en propiedad, permear a la sociedad o las diferentes instituciones del sector privado y del estado. De manera puntual, no logra inscribirse en la educación colombiana, dominada por el amplio predominio de la iglesia católica, tradicionalmente reacia en Colombia a cualquier atisbo de progreso, cambio y espíritu crítico reflexivo.

Historiográficamente, tres fuentes confiables sobre la historia del positivismo en Colombia son los trabajos de O. Saldarriaga (2004, 2006a, 2006b), S. Castro-Gómez (2005) y R. Sierra Mejía (1985). Para los efectos de este trabajo, nos hemos basado en ellos con total confianza.

A Colombia no llegó el positivismo ni ninguna de sus variaciones filosóficas debido al exagerado peso de la tradición católica, específicamente tomista y neotomista. (Análogamente a como a Colombia tampoco llegó la Ilustración).⁴ Del positivismo llega, sí, una versión amañada y conservadora, como utilitarismo y spencerismo, de la mano del conservador Rafael Núñez, el padre de la Constitución de 1886, cuyas dos consecuencias más inmediatas son: la proscripción del pensamiento liberal y por tanto de cualquier pensamiento progresista en el país, y el fundamento para el sistema de Frente Nacional que nace en 1953 pero que se proyecta con nombres diferentes hasta la fecha.

En Colombia el positivismo no tuvo mayor acogida más allá de los escritos de algunos intelectuales, políticos y teóricos. Es decir, no existe, propiamente dicha, una apropiación social de las ideas fundamentales del positivismo, y ciertamente del texto cimero de A. Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, y claramente menos del *Curso de filosofía positiva*.

Según diversos testimonios, existen elementos del espíritu positivista en obras de Rafael Núñez (presidente de Colombia, influido por H. Spencer); sin embargo, lo cierto es que Núñez, símbolo de la Regeneración, asumió la religión como elemento esencial del orden social.⁵

Otros nombres que cabe destacar como apropiadores o divulgadores del ideario positivista incluyen a Carlos Arturo Torres, Salvador Camacho Roldán, Diego Mendoza Pérez, Tomás Eastman, Ignacio V. Espinoza, Nicolás

4. En la historia cultural y científica de Colombia, la expedición botánica es en realidad tan sólo una anécdota, un episodio fugaz que nada tiene que ver con las diferentes ilustraciones alemana o francesa.

5. Cfr. Núñez, R., "Sociología" (1883), en: *Cien años de la sociología en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1982, pp. 15-22.

Pinzón, Spencer y el positivismo), (Cfr. Ocampo López, 1968) -según Santiago Gómez-Castro (2005).

Se ha sostenido que Tomás Cipriano de Mosquera, quien introdujo en el país los ferrocarriles, telégrafos y otras obras públicas llevó a cabo estos trabajos bajo el influjo del pensamiento positivista. Sin embargo, no es posible establecer una relación de causalidad necesaria entre una cosa y otra.⁶

Como quiera que sea, entre los expositores y difusores del positivismo ocupa un papel destacado el educador suizo Ernst Röthlisberger (citado por O. Saldarriaga, 2004) gracias principalmente a las reformas radicales y que hicieron posible introducir estudios científicos. Asimismo, vale recordar a César Guzmán, quien tradujo en 1883 una compilación con el título *Curso de filosofía experimental*, que incluía textos de y sobre Stuart Mill, Taine, Spencer, Claude Bernard y otros.

Igualmente destacado es Salvador Camacho Roldán (1827-1900) cuyo discurso en la Universidad Nacional de Colombia en 1882 está considerado como la carta fundacional de la sociología científica en Colombia.⁷ Asimismo, Ignacio V. Espinoza (m. 1903) quien expone en un folleto publicado en 1893 las doctrinas de Spencer.⁸

Al respecto, cabe una reflexión puntual. Estos trabajos apuntaban en la dirección correcta, aunque en ocasiones con las herramientas equivocadas. La tragedia consiste en que en 1889 Rafael Núñez logra crear la Constitución de Colombia que habrá de imperar durante casi cien años, en los que cualquier atisbo o señal del espíritu positivista y de sus extensiones o derivaciones será

6. Por lo demás, vale recordar que Colombia es el único país de la región que a la fecha carece por completo de un sistema de ferrocarriles nacionales. Esta es otra historia que raya con lo anecdótico.

7. Cfr. S. Camacho Roldán, “Discurso leído por Salvador Camacho Roldán en la sesión solemne de la Universidad Nacional, el 10 de diciembre de 1882”, Bogotá: Imprenta Nacional de Echeverría Hermanos, 1882, 22 pp. Reimpreso en: *Cien años de la sociología en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1982, pp. 1-32.

8. Cfr. I. Espinoza, *El positivismo*, Bogotá: Imprenta de Torres, 1893, 47 pp. E igualmente, *bases positivas del neoliberalismo*, Bogotá: Imprenta de Torres Amaya, 1895, 115 pp.

sencillamente eliminado. Basta una mirada a la historial política, social e intelectual del país (Brushnell, 2001) para verificar el talante anti-progresista de las élites nacionales, en toda la acepción de la palabra. Pues bien, la herramienta equivocada se refiere a la influencia de Spencer por encima de la del propio Comte, olvidando incluso por completo la importancia de Stuart Mill o de Bentham, por ejemplo, *à la limite*.

En efecto, el social-darwinismo no es, como la historia lo pone de manifiesto, en absoluto incompatible con la existencia de regímenes verticales, dictatoriales, violentos o excluyentes. Ningún texto mejor al respecto que (Lukacs, 1975). Sería de gran interés realizar un contraste entre los contenidos y las consecuencias políticas del Comtismo y de Spencer. No sería difícil extraer conclusiones ilustrativas. Pero ese es el tema de otro trabajo aparte. Así, que como lo señalan Saldarriaga (2006b) o Castro (2005) que R. Núñez hubiera podido eventualmente acoger algunos elementos de Spencer no es en absoluto incompatible con su espíritu confesional, conservador y retardatario.

La primera obra explícita de cuño claramente spenceriano procede del conservador José Eusebio Caro: “Mecánica social o teoría del movimiento humano, considerado en su naturaleza, en sus efectos y en sus causas” (1836), Ed. Instituto Caro y Cuervo, 2002. Desde Caro hasta Núñez, la vertiente más conservadora del positivismo y acaso la menos crítica e inteligente de Comte permea ya al pensamiento conservador, y no se hace, en modo alguno, incompatible con el ideario confesional y metafísico defendido siempre por el partido conservador.

POSITIVISMO, SU FAMILIA Y EL ETHOS DE UN PAÍS

Los movimientos filosóficos emergen allí y cuándo suceden gracias a que, para decirlo rápidamente, existe un colchón cultural que es el que les otorga sentido. Algo análogo puede decirse en el caso de la ciencia. Así, la cultura es un tema, un campo y un problema bastante más amplio, profundo y rico cuya complejidad se corresponde, grosso modo, con estructuras y procesos educativos, intelectuales, artísticos y de orden académico, entre otros.

En el caso colombiano y, *mutatis mutandi*, para el conjunto de América Latina, cuando el conjunto de factores mencionados no tienen lugar en el

sentido preciso y fuerte de la palabra, cabe sencillamente hablar de *recepción* –de una escuela, un movimiento, un pensador–, por ejemplo. Dicho en otras palabras, la apropiación social y cultural de una filosofía determinada demanda la participación activa de los procesos mismos de normalización del conocimiento. Así por ejemplo, deben existir congresos en torno al tema, revistas especializadas, debates orales y escritos consignados en prestigiosos órganos académicos, participación en el circuito internacional de conferencias y de publicaciones, en fin, deben poder crear y permearse a través de currículos y ser el objeto normal de discusión y debate por parte de diferentes actores sociales. Nada semejante aconteció en Colombia en el caso del positivismo. No hubo, por así decirlo, una fuerza social que movilizara y nutriera los ideales, programas, problemas y tesis positivistas y de sus extensiones. En unos lugares, se trató de la fuerza de círculos y grupos de judíos; en otros lugares, de académicos y científicos prestigiosos, y casi siempre de sectores nacionales de la burguesía con una clara conciencia nacional y mundial acerca de los avances y tendencias más progresistas del conocimiento.

Cabe elaborar un conjunto amplio de los rasgos que al mismo tiempo son característicos del positivismo y de su familia y sus derivaciones. Un conjunto semejante habrá de incluir elementos sustanciales tales como el verificacionismo, el análisis del lenguaje, la unidad de la ciencia, (la (anti) metafísica, la (meta)ética, y de lejos, definitivamente una concepción científica del mundo. Manifiestamente que estos elementos se condensan en el Circulo de Viena, pero es igualmente evidente que se encuentran ya palpitantes en los fundamentos establecidos por Comte (Stadler, 2010).

Quisiera subrayar un elemento puntual, importante tanto desde el punto de vista filosófico, como cultural e histórico. Se trata del criterio semántico de la verificación. Este puede ser adecuadamente entendido como la columna vertebral que unifica y atraviesa al positivismo, al neopositivismo, al empirismo lógico, la filosofía analítica, el utilitarismo y el pragmatismo. Sencillamente, no debemos poder hacer uso del lenguaje de manera impune. Si, de un lado, los límites del mundo son los límites mismos de nuestro lenguaje (Wittgenstein), al mismo tiempo el análisis del uso del lenguaje tiene consecuencias de tipo ético, social y cultural innegables.

Los enunciados de la ciencia empírica, tanto como los del lenguaje natural son susceptibles de someterse a verificación semántica. Esto es, las cosas no pueden decirse y ciertamente no de manera impune y alegre. Debe existir un criterio de responsabilidad al mismo tiempo epistemológica, lógica y cultural acerca de las aseveraciones que la gente va haciendo acerca del mundo y de las cosas. Pues bien, un criterio semejante se erige al mismo tiempo como garantía de vida y de democracia. De lejos, el positivismo y su familia son elementos que coadyuvan al fortalecimiento de la vida democrática y al buen desarrollo de las cosas en general.

La idea anterior puede radicalizarse de la siguiente manera. Si bien no se aplica à *la lettre* para Comte, el hilo conductor de la familia del positivismo es la importancia de la lógica. Una disciplina que, por lo demás, nace en paralelo a la historia que estamos estudiando aquí.⁹ Pues bien, en toda la historia de la lógica hasta la fecha, no ha habido absolutamente ningún lógico que haya sido partidario de regímenes verticales, violentos, sangrientos y dictatoriales, en ninguna acepción de la palabra. Ni Neurath, ni Carnap, ni Schlick, ni Gödel, o tampoco Peano o Turing, por ejemplo. Lo mismo no puede decir en general ni de la filosofía ni de la ciencia en general. Como es sabido, a lo largo de la historia ha habido numerosos casos de connivencia entre regímenes autoritarios, en toda la acepción de la palabra, y ciencia o filosofía; desde Aristóteles a Hegel, desde Von Braun a Von Neumann, por ejemplo. La lista puede extenderse sin dificultad. Pero nada semejante puede decirse con propiedad en el caso de la lógica y de los lógicos.

De manera paradójica y sintomática a la vez, la familia del positivismo alcanza su ápice bajo el imperio de los Habsburgo, en Austria (Johnston, 2009). Pero no solamente: también emerge allí una literatura grande como la de R. Musil, la pintura de Klimt y todo el *Art Nouveau*, y justamente lo que genéricamente se ha llamado “la Viena de Wittgenstein”. A ellos se hace preciso agregar a Ernst Mach en teoría psicofísica, Carl Menger en teoría

9. La lógica formal clásica, esto es, la lógica sin metafísica (la expresión es de E. Nagel), comienza a nacer en 1847, gracias a los trabajos pioneros de Boole y de Morgan, y termina de nacer en 1933-36 en virtud de las contribuciones de Tarski, y con aportes significativos.

económica, o Hans Kelsen en teoría del derecho, entre otros. Un momento único en toda la historia de la humanidad.

Dicho en términos más técnicos, es un hecho reconocido en esta familia que las teorías son construcciones de cálculos axiomáticos parcialmente susceptibles de interpretación, con ayuda de las reglas de correspondencia en un lenguaje observacional. Un lenguaje semejante no habrá de encontrarse jamás, ni por los rincones en la historia social, educativa, política o (neo) institucional de Colombia. Tal y como está de manifiesta en la literatura de Gabriel García Márquez, de Fernando Vallejo o de Laura Restrepo, por ejemplo, el lenguaje en Colombia ha sido siempre incendiario, lleno de ideologías, adjetivado y adverbiado hasta el extremo. En Colombia en numerosas ocasiones las cosas se han abordado en términos de palabras y se han resuelto igualmente como problemas de palabras.¹⁰ Ya un historiador conspicuo ha puesto el dedo en la llaga al respecto (Deas, 1993).

Dicho de forma más amplia, como es sabido, aunque se trata de una expresión *après la lettre*, lo que caracteriza al positivismo en general y su familia es el reconocimiento explícito de la importancia tanto de la historia de la ciencia, como de la filosofía de la ciencia. Pues bien, el proceso de normalización de la filosofía es un fenómeno tardío en Colombia que apenas se inicia en la década de los años 1950s y 1960s, con figuras como D. Cruz Vélez. Esta historia ha sido narrada mil y unas veces. Por su parte, la filosofía de la ciencia es un capítulo aún más reciente cuya normalización ocurre apenas a finales del siglo XX, cuando comienzan a crearse sociedades, currículos y congresos en torno a la filosofía de la ciencia.¹¹

10. Esto se ilustra recientemente a partir de las discusiones bizantinas, introducidas por lo demás por los ideólogos de la extrema derecha (J. O. Gaviria) que afirman que tres cosas son distintas: los paramilitares, las autodefensas y las bacrim (bandas criminales). Y así han manejado a buena parte de la opinión pública.

11. Sin embargo, en rigor, el estado de la filosofía de la ciencia es precario comparativamente con el México o España, por ejemplo. La primera revista en el tema, la *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia* se funda apenas en 1999.

Mi tesis central en este punto es que hay que distinguir, de un lado, recepción de la ciencia o la filosofía -en este caso, en Colombia-, y de otra parte, su vigencia vital en el marco de la cultura, la sociedad y la institucionalidad. Los trabajos de Stadler, Janik y Toulmin, Lukacs, o Johnston son suficientes ilustrativos acerca de la realidad vivencial del positivismo, del neopositivismo, el empirismo lógico, la filosofía analítica, el utilitarismo y el pragmatismo como más, bastante más que un asunto que concierne tan solo a unos pocos académicos e intelectuales. Lapidariamente, el positivismo nunca existió como realidad social y cultural en Colombia. Habría sido deseable que hubiera sucedido lo contrario. Esto nos conduce al siguiente ejercicio, un rápido experimento mental, que es el mérito central de la lógica de contrafácticos.

UN EJERCICIO DE CONTRAFÁCTICOS

No se trata de pensar las relaciones entre pensamiento y cultura en términos de causalidad. Antes bien, se trata de interpretarlos en términos de correlaciones. Manifiestamente, el positivismo nace en un país y en un momento en el que la ciencia ya existe y posee una larga tradición, en la que la modernidad se inicia con un filósofo racionalista que hace contribuciones fundamentales a la geometría (R. Descartes). La *Académie Française des Sciences* es una institución prestigiosa, reputada y respetada por el todo el espectro de la sociedad en el sentido más amplio e incluyente. Unas semanas más tarde a la publicación de los dos textos fundacionales de A. Comte, se creará el prestigioso *Collège de France* y algunos científicos participarán activamente en las revoluciones en marcha que tienen lugar o que sucederán, tales como L. De Broglie en los desarrollos de la física cuántica. En una palabra, existe un evidente resorte social en toda la extensión de la palabra que contribuye a darle sentido a la vez que catapulta el propio positivismo. Algo análogo puede y debe decirse con respecto a los otros elementos de lo que hemos llamado la familia del positivismo, en cada uno de los países en los que se desarrollaron, respectivamente, el neopositivismo, el empirismo lógico y demás.

Pues bien, nada semejante ocurre en Colombia. La gran tragedia intelectual que le sucede a Colombia, y por lo demás a buena parte de los países de América Latina es la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII,

un acontecimiento que en paralelo en Europa asiste al nacimiento de la microbiología, la consumación de la mecánica clásica y avances esenciales en la industria. Un autor ha llamado al acontecimiento de los jesuitas como la circunstancia del barroco en América Latina (Echeverría, 2013). El positivismo fue un alumbrón episódico que conmovió a varios pensadores e intelectuales, la mayoría de ellos liberales.

Por lo anterior, quisiera adentrarme en un experimento mental, para lo cual haré uso de la lógica de contrafácticos.

Quisiera, para terminar realizar un pequeño ejercicio de contrafácticos. La lógica de contrafácticos es una lógica no-clásica cuya finalidad consiste o bien en elaborar experimentos mentales, o bien en ampliar los espectros de comprensión y explicación de modo que las afirmaciones triviales y las evidencias directas quedan cuestionadas, o por lo menos relativizadas.

El esquema formal de la lógica de contrafácticos es el siguiente:

- i) $A \rightarrow B$
- ii) $\neg A$
- iii) ¿B?

Esto es, en síntesis, si A implica a B, pero no es el caso que A, entonces ¿qué sucede con B?

La lógica de contrafácticos tiene el mérito de que, en contraste con las evidencias directas e inmediatas, admite ejercicios de explicación basados en inferencias indirectas, analogías, y razonamientos oblicuos o cruzados. Se trata, manifiestamente, de un fuerte ejercicio de experimentos mentales, que tienen una sola condición a saber: llevar el experimento, o lo que es equivalente, las inferencias indirectas hasta el extremo; no simplemente como una divagación ligera (Cfr. Ferguson, 1998; Hawthorn, 1995).

Quisiera decirlo de manera franca y directa: El positivismo, allí donde ha existido realmente, ha jugado, en cualquiera de sus vertientes, un papel positivo en el desarrollo del pensamiento y el conocimiento ($A \rightarrow B$). Ahora bien, el positivismo nunca tuvo un espacio propio y un papel protagónico en

la vida social y cultural de Colombia ($\neg A$). Por tanto, ¿qué hubiera sucedido si el positivismo hubiera tenido una presencia real, más allá de algunos intelectuales y académicos? ($\neg B$?).

Seguramente Bogotá no habría sido como Viena (pensando simplemente en capitales de cada país, correspondientemente). Pero sería deseable que por lo menos se hubiera acercado un tanto. En Colombia la comunidad judía no desempeñó ningún papel destacado en el orden del conocimiento debido principalmente a que Colombia no constituyó nunca un espacio de refugio para los judíos perseguidos durante la segunda guerra mundial, si bien la primera migración importante sucede a partir de los años 1920s. La comunidad judía en Colombia se concentra más en los negocios y el comercio antes que en la cultura, las artes y la ciencia. Con seguridad los conservadores, una fuerza definitivamente importante en la historia del siglo XX en Colombia, no habrían tenido la importancia que tuvieron si el positivismo hubiera permeado la vida social del país. Así las cosas, más radicalmente, no se hablaría de hegemonías en la historia nacional: la hegemonía conservadora, la hegemonía liberal. (El concepto mismo de “hegemonía” para referirse a los gobiernos nacionales constituye, sin la menor duda, una patología. Esta patología se expresa tanto en la masacre de las bananeras, como en los magnicidios como el de Jorge Eliécer Gaitán, y la proliferación de las primeras guerrillas liberales y comunistas. Sin la menor duda, la existencia de estas hegemonías fue uno de los elementos nutrientes de la larga y terrible violencia en Colombia. Así las cosas, verosímelmente, la historia no habría existido, por lo menos en la extensión de tiempo y con la virulencia que tuvo. La historia del genocidio de la Unión Patriótica (UP) posiblemente no habría tenido lugar. Sin que Colombia hubiera conocido las dictaduras que sí conocieron los países del cono sur del continente, la cifra de muertes, desapariciones y torturas supera con mucho las de las dictaduras de Pinochet o de Videla, por ejemplo.

La ciencia y el pensamiento racional, el lenguaje adecuado y no incendiario no habrían sido, plausiblemente, los catalizadores de la vida nacional. De manera sencilla, el pensamiento abstracto, la lógica y la filosofía, las matemáticas y la filosofía de la ciencia y la epistemología habrían tenido una existencia decente y amplia en el país. De manera puntual, el grupo de los Leopardos no habría existido (Silvio Villegas y demás autores fascistas de los años 1920s y 1930s), y como derivación, tampoco el gobierno de

Laureano Gómez. El quintafalangismo de Gilberto Alzate Avendaño no habría alcanzado las proporciones que conoció, y, mucho tiempo antes, verosíblemente, Panamá no hubiera sido cercenada de Colombia (en 1903).

El siglo XIX se dirime en Colombia entre la promulgación de numerosas Constituciones y largas guerras civiles entre liberales y conservadores –entre Bolívarianos y Santanderistas–, entre centralistas y federalistas, en un período que ha sido legítimamente llamado como la Patria Boba (1810-1819). Y en el siglo XX las relaciones de poder se establecen entre lo que será llamado como la Hegemonía Liberal y la Hegemonía Conservadora. (“Hegemonía”: un concepto perfectamente ajeno al espíritu científico y a la investigación científica).

Hay que decir que Colombia crea apenas en el año 1991 el sistema nacional de ciencia y tecnología (SNCyT) pero que éste desaparece cuando es integrado o subsumido en Abril del 2015 bajo el Departamento Nacional de Planeación, el cerebro económico del Estado, y más exactamente este se subsume bajo el Sistema Nacional de Innovación y Competitividad (SNIC).¹²

De manera sintomática, en general en la historia de Colombia la ciencia ocupa un papel secundario en el sistema de educación –desde los niveles de primaria hasta los de Universidad–. Más exactamente, el pensamiento abstracto esto es, la lógica, las matemáticas, la filosofía y la música no ocupan los principales renglones de interés educativo y profesionales de los colombianos, en contraste con otras áreas: administración, educación, derecho, medicina, ingeniería. Durante muchos años, la educación es éticamente normativa (con el Manual del Padre Astete),¹³ y la religión se convierte en una materia obligatoria de enseñanza a todos los niveles.

Análogamente a lo que acontece en los EE.UU., en donde los presidentes y los ciudadanos hacen mención de Dios a diestra y siniestra, es habitual

12. De ser admitida Colombia en la OCDE será el único país que carece de un sistema nacional de ciencia y tecnología.

13. Se trata en verdad del Catecismo del Padre Astete, promulgado ya desde 1836, y cuya enseñanza, aprendizaje y repetición se hace compulsiva en los colegios públicos y en muchos privados.

que desde los juramentos del Ejecutivo hacia abajo la misma mención de Dios -el Dios católico- se haga habitual y obligatoria. El contraste con la tradición norteamericana es notable: los franceses que tienen prohibido por constitución hacer cualquier profesión de fe pública. La Declaración Universal de los Derechos Humanos fueron traducidos por Camilo Torres, pero este fue pronto asesinado, y el espíritu francés de la revolución fue prontamente eliminado. En Colombia las matanzas del período de la violencia fueron muchas veces alimentadas por curas liberales o conservadores en contra del otro bando. En el plano de la literatura, F. Vallejo pinta muy bien en *La Virgen de los Sicarios* (1994) (situada en Sabaneta, Antioquia), cómo los grupos sicariales y paramilitares se encomendaban a la Virgen antes de llevar a cabo sus crímenes. La religión y no la ciencia ha sido un factor directo de violencia en la historia colombiana.¹⁴

Leopoldo Zea llevó a cabo un balance ponderado acerca del positivismo en México (1943, 1944), que ha sido de una enorme enseñanza para el conjunto de los países de América Latina. Pero Zea no lleva a cabo un ejercicio de contrafácticos. ¿Qué hubiera sucedido si la importancia del tomismo y el neotomismo no hubiera sido tan fuerte y hubiera podido entrar el positivismo a Colombia y se hubiera hecho una apropiación social? Una consecuencia inmediata: no habría habido conflicto armado: el conflicto más largo de toda la historia de Occidente. Supuesto, claro, que el positivismo era el respeto a los hechos, por encima de las ideologías y los credos. *Facts* es el leit motiv del positivismo en el sentido más amplio de la palabra. *Facts* es, al fin y al cabo, la piedra arquimédica de toda la filosofía de L. Wittgenstein. Y no que los hechos son tozudos. Son el primero de los criterios para la identificación y crítica de los pseudo-problemas (Carnap).

14. No es extraño que en las conversaciones cotidianas de los colombianos, a distintos niveles aparezca la pregunta: “¿Usted cree en Dios?”. La simple formulación de la pregunta es un fenómeno altamente significativo de lo que aquí estamos estudiando.

CONCLUSIONES

Manifiestamente, no se trata aquí de hacer una apología del positivismo y sus derivaciones. El positivismo se encuentra lejos de ser una panacea para la cultura y la sociedad. Una lectura política de la familia del positivismo pone rápidamente de manifiesto que una de sus vertientes más atractivas a la vez peligrosas es el racionalismo crítico, la postura filosófica y científica defendida por K. Popper. Hay que decirlo por tanto de manera directa y explícita: Popper se encuentra en los fundamentos mismos de la Sociedad de Monte Pelegrino (1947), que sienta los cimientos de lo que más tarde será el Consenso de Washington (1989); esto es, el neoliberalismo. Popper, conjuntamente con von Mises, Hayek, para no mencionar a Stiglitz, Buchanan o Coase, por ejemplo. El positivismo en el sentido amplio e incluyente de la palabra no es impune.

Las élites colombianas siempre adoptaron una postura contrarrevolucionaria en la historia del país. Nunca se llevó a cabo la reforma agraria, jamás de promovió una educación laica y secular, nunca se cuestionaron los fundamentos tomistas y neo-tomistas del mundo, Colombia jamás dejó de participar en todas y cada una de las guerras del siglo XX (I guerra mundial, II guerra mundial, guerra de Corea, guerra de Vietnam, tropas en el Sinaí, las dos guerras de Irak, y fue el único país que estuvo contra Argentina en la guerra de las Malvinas, por ejemplo). Toda la historia de Colombia ha estado signada por guerras y violencias, físicas o simbólicas, de baja o de alta intensidad. Verosímilmente nada de esto habría ocurrido si la familia del positivismo hubiera permeado a la vida social, intelectual y cultural del país. Colombia jamás tuvo una política proteccionista y por el contrario, estuvo desde siempre abierta y entregada a las potencias mundiales: España, Francia, Inglaterra y EE.UU., respectivamente. La burguesía colombiana jamás cumplió el papel histórico que le correspondía en la historia, y de lo cual Europa y Estados Unidos son ejemplos conspicuos. O que en América Latina desempeñaron, mal que bien, las burguesías de México (Lázaro Cárdenas), Brasil, Chile o Argentina, con todos y sus imperfecciones.

Colombia jamás ha estado integrada en América Latina, sino, ha constituido una ínsula, cerrada, hasta la fecha. En marcado contraste con el conjunto de las naciones y países latinoamericanos. Atávicamente, las élites

y los gobiernos nacionales siempre han mirado más allá de la región, al otro lado del Atlántico, o al extremo norte del continente americano.

Sin la menor duda, a las revoluciones francesa e industrial el Romanticismo, la Ilustración, el Romanticismo y el Positivismo y su familia les corresponden como momentos culturales y del pensamiento. La Viena del Círculo constituye, manifiestamente, un jalonamiento civilizatorio en la historia de la humanidad, pero él no hubiera sido posible en absoluto, sin, entre otras razones, la emergencia misma del positivismo gracias a A. Comte. La historia jamás habría sido la misma sin ese momento pinacular hecho posible, contradictoriamente, bajo el imperio de los Habsburgo. Las consecuencias del Círculo de Viena habrían de sentirse por lo menos durante los próximos cuarenta o cincuenta años en la historia mundial, pero ya desde otro foco: los Estados Unidos (Reisch, 2009).

En cualquier caso, una cosa queda en evidencia: en contra de las lecturas fáciles y superficiales acerca del positivismo en sentido amplio, la ciencia es asumida en las vertientes aquí consideradas como el instrumento más importante para la vida. Ello comporta, por consiguiente, la importancia de desarrollar más y mejor ciencia, más y mejor investigación, en fin, más y mejor conocimiento de suerte que la vida se haga más grata y posible.

En contraste, la religión en general, y las tres religiones monoteístas constitutivas de Occidente representaron siempre el miedo al conocimiento y el control a la investigación. Esta *logofobia* fue siempre un motivo de violencia, exclusión, segregación y poder. Al fin y al cabo, el principal opositor del positivismo en sentido amplio fue la iglesia, y los círculos más recalcitrantes del poder y la cultura. Hubo países que pagaron un elevado precio con estas actitudes. Colombia ha sido uno de ellos.

Considerado de manera histórica, el paradigma antimetafísico, positivista y realista a la vez, se constituye como la condición para el surgimiento de la filosofía de la ciencia. Filosofía de la ciencia, o teoría de la ciencia, o incluso también historia de la ciencia. La idea de base es sencillamente la de una reflexión teórica de orden al mismo tiempo social cultural e histórica acerca del sentido y el significado de la ciencia. Una condición sin la cual la vida y la democracia no son posibles en manera alguna.

No es posible echar marcha atrás a la historia. Pero sí señalar que la historia constituye además un tejido de posibilidades y potencialidades, muchas de las cuales no llegaron a realizarse efectivamente. Pues bien, hubiera sido deseable que el positivismo hubiera tenido un papel protagónico en la cultura y la sociedad colombianas. Las cosas habrían podido ser bastante más amables.